

Jovellanos y Jorge Semprún en el camino de la desolación

Ricardo Rodrigo Mancho
(Universitat de València)

1. Jovellanos en la cuerda de presos

Al rayar el día 13 de marzo de 1801 el regente de la Audiencia Real de Asturias, Andrés Lasaúca, se presenta en casa de Jovellanos con órdenes estrictas de Carlos IV para arrestarlo y sellar su librería. Todos los documentos se remiten a la secretaría de Estado, excepto los referidos al archivo familiar. Y asimismo se ordena un aislamiento estricto:

Se le prohibió el trato con sus amigos y parientes, que deseaban verle y consolarle, y sólo se permitió el preciso con algunos criados para disponer lo que había de llevar en el viaje y prevenir lo conveniente al arreglo de su casa (Ceán Bermúdez, 81).

Antes del amanecer del día siguiente, escoltado por soldados de caballería, comienza el largo y bochornoso viaje hacia León, donde permanece incomunicado diez días esperando nuevas órdenes de la corte. El 28 de marzo sale del convento franciscano de san Froilán y al cabo de dos semanas llega a Barcelona «sin permitir que nadie le hablase en el camino a pesar de que lo solicitaban personas respetables y condecoradas, compadecidas de su inocencia, que le estimaban por su buen nombre y opinión» (Ceán Bermúdez, 82); por orden del capitán general permanece recluido en el convento de la Merced, y a los pocos días embarca en el correo de Palma de Mallorca, ciudad adonde llegó el día 18 de abril. La crudeza y el rigor en el convento barcelonés son subrayados en la biografía escrita por su amigo Carlos González de Posada:

En la Merced de Barcelona no se permitió a nadie su comunicación; mas no por eso dejaron de visitarle por atención a su mérito y calidades muchísimos caballeros y gente de distinción que no pudiendo hablarle hacían sus ofrecimientos al regente. Luego se supo que debía embarcarse para Mallorca y entretanto paseaba por el claustro con aquellos religiosos, a quienes dejó enamorados de su virtud y sabiduría, como los principales de ellos me confesaron (Caso González 1974, 82).¹

El cuaderno décimo (1801) del *Diario* de Jovellanos recoge la crónica y los pormenores desde la salida de León hasta la llegada a Molins de Rei. El reo tiene prohibida cualquier comunicación, por lo que la sucesión de acontecimientos y reflexiones la escribe materialmente Andrés Lasaúca, responsable de la custodia del detenido –que así lo acreditará en la frase final del cuaderno. Julio Somoza (1891, XII), primer editor del cuaderno décimo, supone que este y otros pasajes confirman la mano del redactor, “por más que se nota muy visiblemente en su estilo, la pluma del insigne desterrado”. Pero José Miguel Caso (1992, 405 nota) no duda de la autoría del gijonense:

¹ Demerson (1984) cree que el canónigo Carlos González de Posada, seguramente disfrazado de fraile, visitó a Jovellanos en el convento de la Merced. Don Gaspar lo deja bien apuntado en la “Epístola de Jovino a Posidonio”: “... ¿Cediste o te humillaste / ni al rumor ni al aspecto del peligro? / No; cuando todos, al terror doblados, / medrosos se escondían, tú, tú solo / te acreditaste firme, y a su furia / presentastes impávido la frente.” (Jovellanos 1987, 294).

Aparentemente el redactor del cuaderno es Lasaúca. Incluso se habla de Jovellanos como del compañero. Sin embargo, este precioso cuaderno no puede ser más que obra de Jovellanos [...] Me imagino que Jovellanos dicta y Lasaúca hace de secretario o amanuense, con acaso alguna intervención personal. El cuaderno, sin embargo, se lo llevó don Gaspar a Mallorca, donde lo copió uno de los oficiales de la guardia.

Posteriormente Inmaculada Urzainqui (646) precisa que “Jovellanos ha pasado a ser tan sólo co-redactor de sus apuntes íntimas”, y Javier González Santos (2011, 313) atribuye la responsabilidad de la escritura y la redacción al regente de Oviedo, aunque con algunas salvedades, pues “Jovellanos, por su parte, aporta datos, conocimientos, observaciones, opiniones, ideas que Lasaúca escribe”.

Es muy probable que buena parte de las apuntes se derivasen de los comentarios y apostillas del encausado, ya que son reflexiones propias de la cosmovisión jovellanista: las particularidades de los arados cortos de esteva que obligan al labrador a ir encorvado, la fatiga de los mismos a la hora de despedrar sus tierras, los juicios sobre la mejora de la agricultura y la necesidad de infraestructuras *libres de malversaciones*, las notas eruditas sobre arte, construcción y moblaje, la precisión y la sutileza en el análisis de la luz en la pintura de Goya, los tesoros artísticos del monasterio jerónimo de La Estrella (Briones), la sutil y machacona enumeración de eclesiásticos, beneficiados, frailes, monjas y diezmos, etc. Un apartado singular lo constituyen los libros con que fortalecen su ánimo: González de Posada menciona que don Gaspar no tuvo “más viático que el Kempis y el Virgilio” (Caso González 1974, 80), y el *Diario* menciona las lecturas del Kempis, Cicerón y Ovidio en la posada de Grajal de Campos. Se trata de volúmenes muy apreciados por el literato gijonés, que seguramente pudo enmascararlos en su equipaje con objeto de buscar alivio y consuelo en la adversidad.²

Siguiendo los pueblos de la ribera del Ebro el regente recuerda una cantinela tradicional, y este motivo queda documentado por deseo de su *compañero*.

Gustóle a mi compañero y quiso que se pusiese aquí; lo hago por complacerle, y dice así:

Perdiguera, Leciñena, San Mateo y Peñaflor,
Alfajarín y la Puebla; Pastriz y Villamayor;
Nuez, Villafranca, Osera y Aguilar;
Pina, Quinto y Gelsa, Belchite y Montalbán (Jovellanos 2011, 389).

A medida que ambos intercambian coplas y anécdotas, la frialdad de los primeros días se va transformando en afabilidad manifiesta: “En fin, entretenidos en nuestra

² Jovellanos poseía distintos libros de Virgilio, Cicerón, Ovidio y varias ediciones de la famosa *De imitatione Christi*, de Tomás Kempis (Aguilar Piñal 1984). Entre febrero y abril de 1794 se había impresionado con la lectura de la *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, escrita en 1741 por Conyers Middleton y traducida por José Nicolás de Azara (Madrid, Imprenta Real, 1790, 4 vols.). En la obra ensayística de Jovellanos y en su *Diario* son frecuentes las referencias a los libros y discursos ciceronianos. Más en concreto, en el Apéndice XXVI de la *Memoria en defensa de la Junta Central* (1811) escribirá años más tarde: “Cicerón es el autor que más frecuentemente y con más placer he leído de los antiguos, el que más me ha consolado y confortado en la adversidad, casi el único que por favor de un amigo tengo a mano en el presente, en que estoy despojado de todos mis libros; y, en fin el que he preferido siempre, no solo como al más elocuente de los hombres, sino como al más puro y juicioso de los filósofos: *Quem quadam admiratione commotus, saepius fortasse laudavi, quem par esset*, como él decía de Platón (libro III *De Legibus*)”. Vid. Gabriel Sánchez Espinosa (1999) y Antonio Duplá Ansuátegui (2006).

conversación, arribamos al enorme ventarrón de Santa Lucía” (Jovellanos 2011, 390), anota el 8 de abril, un poco antes de entrar en la comarca de los Monegros. Por tanto, el *Diario* décimo es un texto complejo y atípico, nacido al abrigo de la íntima convivencia y tejido a dúo en el aporte de detalles, emociones y valoraciones.

La escritura del cuaderno décimo del *Diario* comienza en León, el sábado 28 de marzo:

Después de diez días de detención en León, en el convento de San Froilán, de franciscanos descalzos, satisfecho el gasto con mil reales dados de limosna a la comunidad, salimos de dicha ciudad el sábado, 28 de marzo, a las seis de la mañana, en un coche valenciano con siete mulas, cuyo mayoral se llama José Molineros, y escoltados por cuatro soldados de caballería de Montesa y su cabo, Manuel Bellota (Jovellanos 2011, 317-318).³

Y el magistrado Lasaúca cierra el texto en Molins de Rei, el 13 de abril, con unas palabras inequívocas en que asoma la pena, el afecto y la identificación sentimental con don Gaspar:

La hora de nuestra separación se acerca. ¿Qué hado siniestro la ordena? Pero mi compañero, seguro de su inocencia, se entrega en los brazos de la Providencia divina, y ambos concluimos este *Diario*, que en tan largo y molesto viaje nos ha ofrecido su honesto e inocente entretenimiento. ¡Denos el cielo algún día el placer de repararle juntos con la misma buena unión con que le escribimos! (Jovellanos 2011, 413-415).

La primera persona del plural refleja, en algunos casos, la modestia y el deseo de compartir el protagonismo; en otros, la colaboración, la emoción y el aprecio que ha surgido entre ellos a partir de la *desolation row*. La tristeza del párrafo final plantea una paradoja insalvable, pues el “corazón del regente y sus consideraciones por el inocente preso luchaban con la idea terrible de desagradar a Godoy”, escribe Carlos González de Posada (Caso González 1974, 81). Pero del testimonio de Ceán Bermúdez se infiere que el viaje y la escritura han unido a los dos hombres:

Le hospedaron en el convento de la Merced con el mismo rigor y privación de trato; y allí se despidió con lágrimas de Lasaúca, que le había acompañado en el coche, admirado de la grandeza de ánimo con que había sufrido unas vejaciones que no había podido evitar; y después le embarcaron en el bergantín correo de Mallorca (Ceán Bermudez, 82).

Aunque Jovellanos sentía que su inocencia era palmaria, la cautela y la dignidad reprimen las posibles descalificaciones dirigidas a los promotores de la persecución. Lasaúca no registra ni una sola queja ni ningún instante de abatimiento de su *compañero*.⁴

³ La comitiva está compuesta de un calesín, donde viajan Jovellanos y Lasaúca, un coche de colleras y cinco soldados de escolta a caballo. En total viajan doce personas: a Jovellanos lo acompaña su mayordomo y fiel asistente Domingo García de la Fuente y otro criado, Nicolás de Armayor, que regresará a Gijón a finales de 1802; el regente, un criado de Lasaúca llamado Félix, cinco soldados, el mayoral y su zagal.

⁴ La serenidad, la dignidad y el silencio –según González de Posada– presiden incluso el momento de la detención: “Un facineroso suele sufrir el tormento que le cuestiona con aquel ánimo atrevido con que cometió el delito, mientras el inocente, el incapaz de valor para cometerlos, lo es asimismo para sufrir aquel martirio y se amilana, tiembla y confiesa haber perpetrado la maldad. Por esta regla tan general debería el

Al contrario, la voz de Jovellanos permanece en silencio ante el infortunio; se comporta serena y noblemente, observa con atención y guarda en su memoria⁵ todas las tropelías de que está siendo objeto, pero cuida de que su voz más íntima permanezca oculta en la materialidad del cuaderno. La *penosa* sensación de ahogo y forzamiento hay que buscarla documentada en las *Memorias* de su amigo González de Posada, escritas en 1812, especialmente al especificar que “todo el largo camino de este penoso viaje en ruedas por fuera y lejos de la carretera real, que el señor Jovellanos llamaba *camino de forzados* lo pasó observando...” (Caso González 1974, 81). Y más personalmente en la *Epístola de Jovino a Posidonio*, que se adjunta a la carta que escribe a González de Posada el 8 de marzo de 1802, donde le expresa su voluntad de resistencia y entereza al proclamar que el celestial aliento del alma: “nunca / podrá ser entre muros ni con hierros / encadenado ni oprimido”; prosigue más adelante que “si, en fin, las heces del amargo cáliz / he de apurar, mi alma en tal conflicto / contrastada será, más no vencida”; y culmina el poema indicando que si la desgracia triunfa sobre la inocencia, “el alto estruendo de la horrenda ruina / escuchará impertérrita mi alma” (Jovellanos 1987, 297, 301 y 305).

Lejos de cualquier comentario personal, los apuntamientos de Lasaúca se limitan a detallar las tareas rutinarias: que se levantan a las cuatro o las cinco de la mañana, desayunan, se asean, asisten a misa en alguna comunidad de religiosos y toman el sendero. El lento viaje en mulas permite detallar e interiorizar el espectáculo de la naturaleza, comprobar la calidad de los caminos, admirar travesías, puentes y acequias, señalar posibles mejoras en la agricultura o la manufactura, reseñar precios de cultivos y alimentos, visitar iglesias y conventos y apuntar los beneficios, denunciar la difícil e injusta situación de propietarios y jornaleros, particularizar las ocupaciones y la indumentaria de los habitantes, ponderar el arbolado, leer las inscripciones y hacer oración. En los lugares donde se hospeda don Gaspar goza de cierta licencia para reposar, pasear y contemplar el paisaje y las gentes. La calidad de las posadas es comentario obligatorio, por ejemplo, la de Calahorra:

Es un enorme caserón, derrotado y sin ningún reparo; gran sala, gran gabinete, grandes alcobas, pero mueble escaso y sucio; puertas desentabladas y sin cerradura; ventanas condescendientes con el viento; poca ropa y no aseada; tardío y ruin servicio. Breve colación y noche regular, porque el compañero sigue enclenque (Jovellanos 2011, 363-364).

Curiosamente las noticias más personales se refieren a los dolores estomacales y cefaleas que aquejan a Jovellanos durante la primera semana. Duerme mal, está débil y ha evitado el chocolate y la comida sólida: “tiene una especie de disentería con algo de sangre, y se cura con agua”, escribe Lasaúca el día 1 de abril en Prádanos de Bureba

delicado temperamento del señor Jovellanos, su fina educación, pundonor y honrado carácter, mostrar en tal ocasión con palabras o lágrimas o gestos algún sentimiento de su alma; pero ella era muy generosa y nunca se pudo equivocar ni con las de los criminales feroces, ni con las de los inocentes imbéciles. Sólo atendió en aquellos momentos a consolar a su angustiada familia y a sosegar el movimiento popular que quería libertarle a toda costa...” (Caso González 1974, 80).

⁵ En la *Primera representación al señor don Carlos IV*, escrita el día 24 de abril de 1801, a los pocos días de su llegada a la Cartuja de Valldemossa, Jovellanos se lamenta por la forma y el momento de su arresto, por el destierro y el rigor con que ha sido tratado. Tras seis meses de afrentoso confinamiento y sabedor de que la primera súplica no llegó a las manos del rey, Jovellanos reclama en una *Segunda representación* (escrita en Valldemossa el 8 de octubre de 1801) los derechos que se conceden al más común de los delincuentes, y se duele de haber sido maltratado como un facineroso, escarnecido y envilecido seguramente por algún indigno delator. *Vid.* Caso González (1998, 226-227).

(Jovellanos 2011, 341). Al día siguiente experimenta una ligera mejoría en la villa de Haro:

Diéronnos en ella un buen cuarto, con sala y dos alcobas, bien esterado, mueblado y limpio. Sírvese en él a estilo de fonda y nos dieron regalada comida: buenos potajes, buen bacalao, merluza y congrio, huevos revueltos, manteca fresca. El compañero comió sopa de gato, lechuga y granos de granada, porque su mal continúa (Jovellanos 2011, 347).

Al llegar a Logroño el “compañero viene más reparado” y se decide a probar la sustancial comida de Viernes Santo: “sopa de gato, un huevo, lechuga cocida y un escrúpulo de merluza” (Jovellanos 2011, 355). La recuperación será más evidente a los pocos días, el 6 de abril, en pleno itinerario por el Canal Imperial de Aragón, obra que había generado gran expectación en el ilustrado gijonés.

Los encuentros y visitas durante el camino apenas rompen el cerco de aislamiento. En la posada de Grisén los criados “hacían trío de bulla y risa con una francesa feísima, pero fresca y rechonchuda, hija de la gordísima madama posadera, a quienes se debe hacer el honor de habernos servido con mucho celo y limpieza” (Jovellanos 2011, 379); pero los dos viajeros principales permanecen al margen de este alborozo. El encuentro en ruta con los jesuitas que marchan a Barcelona –siguiendo la segunda orden de expulsión– no se sustancia en ningún comentario, a pesar de que durante su etapa ministerial Jovellanos había permitido el regreso de los mismos (un retorno anulado por el nuevo decreto de expulsión de Godoy de 1801). Según el redactor, son los seguidores de san Ignacio los que proponen “hacer compañía para disfrutar el auxilio de nuestra gente y tropa” (Jovellanos 2011, 404). Con ellos comparten el desamparo y las evidentes penalidades: malos caminos, jornadas de lluvia abundante y barro hasta las pantorrillas, lo que ocasiona incomodidad, cansancio y vuelcos.

Y al llegar a Zaragoza escribe Lasaúca que reciben la visita de “mi buena madre, cuya bella figura, fino trato y agradables maneras llenaron el gusto de mi compañero”, que encontró “consuelo [...] en su triste situación” (Jovellanos 2011, 385). Nótese que el redactor no inserta ni un solo comentario formulado por don Gaspar.

El encuentro con las autoridades locales da pie a distintas acotaciones. En Fraga se les presenta repentinamente el corregidor Miguel Serrano Belezar, hombre que, *alelado* y con *puntas de atolondrado*, primero amenaza con el arresto y después se desdice. La disparidad de afectos se manifiesta en Lérida, el 10 de abril, cuando reciben la visita del gobernador, que es calificada de “atenta, pero fría y escasa en expresiones y palabras, como de familia” (Jovellanos 2011, 400). Según González de Posada esta supuesta displicencia debía referirse solo al regente, ya que el gobernador era paisano y conocido de don Gaspar:

Así me lo dijo el gobernador de Lérida, que por su autoridad se metió en el mesón y no le pudo estorbar el regente la entrevista y conversación con su paisano: “Si yo no le conociera, decía, apostarí a que el reo era Lasaúca y Jovellanos el regente; tal era la alegría del uno y la tristeza del otro” (Caso González 1974, 81).

Los silencios de Jovellanos son indicativos del sufrimiento, del hondo dolor de un hombre que no sabe lo que le espera, que, ante las dificultades para empuñar la pluma se comporta con dignidad y fortaleza tratando de asimilar en el recuerdo lo absurdo de aquel castigo. No hay motivos para la esperanza, y por ello el abatimiento no se expresa con

fórmulas grandilocuentes ni con lágrimas, sino que más bien se presente por medio de un comportamiento circunspecto y reservado.

2. *Le grand voyage* (1963) de Jorge Semprún

En 1963 Jorge Semprún publica sin seudónimo *Le grand voyage*, novela autobiográfica con que arranca el compromiso de la memoria y la lucha contra el olvido del holocausto. El progresivo desánimo en el trabajo clandestino y el deseo de recapitular sobre sus propias experiencias le habían estimulado al testimonio literario sobre la deportación al campo de concentración nazi de Buchenwald, incorporando noticias sobre el exilio y la participación en la resistencia francesa.

Desde el arranque en el oficio de la escritura Jorge Semprún gira repetidamente en torno a la materia autobiográfica⁶. Convertido en personaje de sus propias obsesiones, el itinerario de su vida será sometido a un interminable sondeo ético y estético en las enmarañadas oquedades de la memoria. Infancia, expatriación, estudios en el liceo y la Sorbona, resistencia en el maquis de Borgoña, desamparo en el campo de concentración, tanteos de escritura, notoria militancia comunista, ilusionada clandestinidad y expulsión del PCE, madurez y compromiso literario, actividad como guionista y escritor... la propia vida política y personal convertida en inagotable manantial de inspiración. Raquel Macciuci (155) ha escrito acerca de la recurrente y tenaz memoria: “Como en una buena novela, en el gran relato sempruniano cada novela/capítulo avanza con un cierto grado de autonomía, pero estableciendo diálogos e ilaciones con los precedentes y posteriores”. Los pasajes significativos y las vivencias más indelebles son recordados obstinadamente en los distintos libros⁷, lo que quiere decir que, para transitar por el universo del autor, el lector tendrá que manejar y conjugar todos los textos («capítulos de una única obra», según Macciuci, 164). Los espejos, las máscaras, los desdoblamientos y los seudónimos (Gérard Sorel, Rafael Artigas, Agustín Larrea, Camille Salagnac, Rafael Bustamante, Federico Sánchez y otros tantos) patentizan el esfuerzo por recomponer una identidad problemática y moderna, de intelectual contemporáneo obsesionado por encontrar la fórmula literaria que mejor exprese aquellas experiencias tenaces en el recuerdo.

Para escribir *El largo viaje* fueron necesarios varios lustros de silencio: una larga etapa de duelo para mirar de frente al propio dolor y tolerar que el flujo de las experiencias en el campo pudiese concretarse en un modo de narración válido (precisamente porque se ha sobrevivido, el narrador siente la angustia de no resultar creíble). Jorge Semprún siempre ha considerado que este lapso de tiempo fue necesario para superar el trauma, para sobreponerse al nefasto y obsesivo recuerdo. Un primer intento de escritura había

⁶ Sobre la obra literaria de Jorge Semprún puede consultarse Pla (2010), Céspedes Gallego (2012), Aznar Soler (2015), Leuzinger (2016) y el volumen de *Quaderns de Filologia* (2016), coordinado por J. Lluch-Prats, E. Miñano Martínez y J. Sánchez Zapatero.

⁷ La mayor parte de la producción literaria está originalmente escrita en francés. La experiencia concentracionaria y las reflexiones sobre los simultáneos *gulags* soviéticos retornarán en *L'Évanouissement* (1967), *Quel beau dimanche!* (1980), *L'écriture ou la vie* (1994) y *Le mort qu'il faut* (2001). Otra parcela de la escritura narrativa plantea la crítica del aparato burocrático estalinista con *La segunda muerte de Ramón Mercader* (1969) y *La montagne blanche* (1986); complementariamente, gracias al desdoblamiento del narrador en la *Autobiografía de Federico Sánchez* (1977), se ajustan cuentas con el pasado de militancia comunista y se examina críticamente la etapa de clandestinidad que se cierra en 1964 con la expulsión del partido. El compromiso político y el período de su paso por el Ministerio de Cultura (1988-1991) quedará reflejado en *Federico Sanchez vous salue bien* (1993). La novela *Veinte años y un día* (2003) volverá a relacionar la guerra civil y la posguerra española al narrar la última ceremonia expiatoria de la familia Avendaño en 1956, que, como cada año, el 18 de julio escenifica el asesinato en 1936 del más joven de los tres hermanos por parte de los campesinos.

fracasado en el otoño de 1945, cuando comienza a ensamblar literariamente las vivencias del campo. No era imposible escribir, sino que lo más difícil era sobrevivir a la escritura. Esta disyuntiva articula su obra más famosa, *La escritura o la vida*, en donde explica la necesidad de guardar una cura de silencio:

Así como la escritura liberaba a Primo Levi del pasado, apaciguaba su memoria [...] a mí me hundía otra vez en la muerte, me sumergía en ella. Me ahogaba en el aire irrespirable de mis borradores, cada línea escrita me sumergía la cabeza debajo del agua, como si estuviera de nuevo en la bañera de la villa de la Gestapo, en Auxerre. Me debatía para sobrevivir. Fracase en mi intento de expresar la muerte para reducirla al silencio: si hubiera proseguido, la muerte, probablemente, me habría hecho enmudecer (Semprún 1995, 268).

La evidencia no tardó en manifestarse. En agosto de 1945, mientras iba a reunirse con su familia, Semprún había sufrido un percance en un tren de la periferia de París, en la estación de Gros-Noyer-Saint-Prix: no sabía si se trataba de un desvanecimiento o de una propensión suicida. De ahí que fuese necesaria la elección urgente entre la literatura o la vida.

Había que escoger entre la escritura y la vida, y escogí esta última. Escogí una larga cura de afasia, de amnesia deliberada para volver a vivir, o para sobrevivir. Escogí a la vez la ilusión de un porvenir por medio del compromiso político, puesto que el compromiso de la escritura me devolvía al encierro de la memoria y de la muerte. Así me convertí en otra persona, en Federico Sánchez, para continuar siendo alguien (Semprún 1993, 29)⁸.

El reencuentro con la escritura tiene lugar dieciséis años más tarde. En la *Autobiografía de Federico Sánchez* el narrador explica que la decisión para componer definitivamente *El largo viaje* tuvo su génesis en las veladas clandestinas de Madrid, a principios de 1959. Los relatos del camarada Manuel Azaustre, como deportado en Mauthausen, eran prolijos y carecían de coherencia narrativa y elaboración artística. El chorro de palabras resultaba unidireccional, deslavazado y repleto de detalles, impresiones y comentarios, lo que suscitaba saturación, confusión y cansancio; pero, a cambio,

[...] avivaron mi memoria adormilada de toda aquella época de Buchenwald. De no haber vivido aquel año en [el piso de] Concepción Bahamonde, número cinco, y de no haberme encontrado allí con Manolo Azaustre, es muy posible que nunca hubiese escrito *El largo viaje* (Semprún 1977, 199).

La redacción material de esta primera novela comienza en febrero o marzo de 1960, cuando se produce en Madrid una importante caída del partido y Semprún no puede moverse de la casa que le sirve de amparo y cobertura. Y así, desconectado de la actividad política, comienza a ocupar su clausura componiendo lo que terminaría siendo *El largo viaje*. Más o menos durante una semana «fue escribiéndose aquel libro, de un tirón, sin

⁸ En sintonía con este provisional abandono, el epígrafe inicial de Maurice Blanchot, en *La escritura o la vida*, aconseja esta misma estrategia de la memoria: «Quien pretenda recordar ha de entregarse al olvido, a ese peligro que es el olvido absoluto y a ese hermoso azar en el que se transforma entonces el recuerdo» (Semprún 1995, 11).

apenas interrumpirme para recobrar el aliento» (Semprún 1977, 203), gracias a que la estructura temporal y narrativa ya estaba elaborada inconscientemente al oír los inconexos y reiterados relatos del camarada Azaustre. Por eso, afirma que «aquel libro se fue escribiendo por su cuenta y riesgo, como si yo sólo hubiese sido el instrumento, el trujimán de ese trabajo anónimo de la memoria, de la escritura» (Semprún 1977, 203).

Superando el recurso de la crónica testimonial, Jorge Semprún opta por iluminar la verdad mediante la elaboración literaria, fusionando la sinceridad y la memoria con el artificio y las técnicas de la ficción, al mismo tiempo que se acentúa la autorreferencia y se transita por la reflexión metaliteraria⁹. El “yo” de la narración se nutre de las vivencias del escritor, pero la ficción se amplía gracias a la presencia de personajes imaginarios que fomentan la eficacia retórica y permiten iluminar una verdad inefable, como es “la realidad inabarcable del exterminio” (García Cames, 58).

El eje narrativo medular de *El largo viaje* se sitúa a finales de enero de 1944, en los cinco días que dura el trayecto entre Compiègne (65 kms. al norte de París) y el campo de concentración de Buchenwald, a más de 600 kms. El joven Gérard, de veinte años, miembro activo de la resistencia, ha sido detenido por la Gestapo en Épizy, cerca de Joigny, torturado y enviado en un convoy hacia el *lager*. El hacinamiento en el vagón de mercancías, la pérdida del sentido temporal y la incertidumbre ante el futuro quedan patentes en el inicio del relato:

Este hacinamiento de cuerpos en el vagón, este punzante dolor en la rodilla derecha. Días, noches. Hago un esfuerzo e intento contar los días, contar las noches. Tal vez esto me ayude a ver claro. Cuatro días, cinco noches. Pero habré contado mal, o es que hay días que se han convertido en noches. Me sobran noches; noches de saldo. Una mañana, claro está, fue una mañana cuando comenzó este viaje. Aquel día entero. Después, una noche. Levanto el dedo pulgar en la penumbra del vagón. Mi pulgar por aquella noche. Otra jornada después. Aún seguíamos en Francia y el tren apenas se movió (Semprún 1976, 11).

Durante esos interminables días, Gérard –seudónimo de Semprún en la resistencia francesa– conversa con uno de los compañeros de viaje con el que había coincidido en el maquis de Semur (“el chico de Semur”), coprotagonista ficticio que muere al final del viaje:

Inventé al chico de Semur para hacerme compañía, cuando rehíce este viaje en la realidad soñada de la escritura. Sin duda para ahorrarme aquella soledad que había sido la mía, durante el viaje real de Compiègne a Buchenwald. Inventé al chico de Semur, inventé nuestras conversaciones: la realidad suele precisar de la invención para tornarse verdadera. Es decir, verosímil. Para ganarse la convicción, la emoción del lector (Semprún 1995, 280).

⁹ Semprún ha explicado sus dilemas y conclusiones a la hora de abordar la escritura: “–¿Cómo contar una historia poco creíble, cómo suscitar la imaginación de lo inimaginable si no es elaborando, trabajando la realidad, poniéndola en perspectiva? ¡Pues con un poco de artificio!”. Y enumera alguna de las claves de su modelo (por cierto, más cercano al de Max Aub o Imre Kertész que al de Primo Levi y David Rousset): “... me siento incapaz, hoy, de imaginar una estructura novelesca en tercera persona. Ni siquiera deseo meterme por este camino. Necesito pues un «yo» de la narración que se haya alimentado de mi vivencia pero que la supere, capaz de insertar en ella lo imaginario, la ficción... Una ficción sería tan ilustrativa como la verdad, por supuesto. Que contribuiría a que la realidad pareciera real, a que la verdad fuera verosímil” (Semprún 1995, 141 y 181-182).

De manera complementaria el discurso literario rompe las leyes temporales de la crónica al referirse a cuestiones no relacionados directamente con el viaje. La voz narrativa se aleja del relato ordenado en tercera persona para dejar en libertad a una memoria inquieta en primera persona que, además de detallar las circunstancias del viaje en presente, se mueve a impulsos y oscilaciones temporales y se asocia con episodios anteriores y posteriores que vienen a la memoria de manera calculada (azarosa sólo en apariencia). La técnica del *stream of consciousness* permite el libre deambular de la conciencia del narrador en la evocación de experiencias del pasado y en la anticipación de acontecimientos que abarcarán hasta el propio momento de la escritura. Por ejemplo, el diálogo con el chico de Semur-en-Auxois ha convocado en su memoria las imágenes de la inquietante llegada a Bayona en 1936:

Fue en Bayona, justo en el muelle, al lado de la plaza mayor de Bayona, donde supe que yo era un rojo español. Al día siguiente, me llevé una segunda sorpresa, cuando leímos en un diario que había los rojos y los nacionales. No era fácil de entender por qué eran nacionales, cuando hacían la guerra con las tropas marroquíes, la legión extranjera, los aviones alemanes y las divisiones Littorio [...] Nos vacunaron y nos dejaron desembarcar. Los veraneantes miraban a los rojos españoles y nosotros mirábamos los escaparates de las panaderías (Semprún 1976, 121-122).

Y en otro momento el narrador de *El largo viaje* se sitúa en 1945 en Ascona. En la ciudad suiza recuerda el diálogo que mantuvo con el chico de Semur: «Oh, viejo, reacciona» (Semprún 1976, 150), dijo su ficticio amigo justo antes de que parase el tren en una pequeña ciudad alemana (quizá Weimar). Unos meses después de haber recobrado la libertad, bajo el sol invernal en Ascona y frente a la belleza externa del lago Maggiore, renace como un punzón aquel diálogo y se inicia otro distinto con una linda muchacha de ojos claros:

Era hermosa, susurrante, justo lo que necesitaba para olvidar a mi amigo de Semur. Lo que sucedía es que no tenía ganas de olvidar a mi compañero de Semur en aquel momento preciso. Sin embargo, le di lumbre y miré otra vez el horizonte azul del lago (Semprún 1976, 151).

Justo en aquel instante el joven Gérard toma la decisión de abandonar el libro que trata de escribir. La opción del silencio era casi obligatoria para poder seguir viviendo, ya que el recuerdo de Buchenwald era excesivo y despiadado:

Me encojo de hombros [...] pero ella ya se ha marchado. Pido otro café y sigo tomando el sol, en vez de subir a casa para trabajar en mi libro. De todas formas, voy a terminar el libro porque es preciso que lo termine, pero ya sé que no vale nada. No es el momento de contar aquel viaje, es preciso esperar aún, hay que olvidar en verdad aquel viaje y después, tal vez, pueda contarlo (Semprún 1976, 151-152).

Fijémonos en la siguiente afirmación del narrador: «Tengo veinte años, puedo borrar de mi vida muchas cosas. Dentro de quince años, cuando escriba este viaje, ya no será posible» (Semprún 1976, 34). Esta pirueta retórica, que incorpora la reflexión en el propio momento de la escritura, se repite más adelante para explicar el mecanismo de la superposición de imágenes y tiempos diversos:

Hoy diecisiete años después de aquel viaje, cuando recuerdo aquel día [...] se superponen imágenes diversas, capas sucesivas de imágenes [...] que provienen de lugares diferentes y de distintas épocas de mi vida. Primero están las imágenes que se fijaron en mi memoria durante los quince primeros días que siguieron a la liberación del campo [...] Luego, por ejemplo, vienen las imágenes de *Come back, Africa*, aquella película de Rogosin sobre África del Sur, tras la cuales veía, en transparencia, el campo de cuarentena, cuando aparecían en la pantalla los barracones de los suburbios negros de Johannesburg. Viene después aquel paisaje de chozas, en Madrid, aquel vallecito polvoriento y hediondo de “La Elipa”, a trescientos metros de los edificios de lujo, en donde se amontonan los trabajadores agrícolas expulsados de sus tierras (Semprún 1976, 189-190).

El recuerdo de Buchenwald era tan denso y despiadado que dificultaba el hallazgo de la forma literaria que transmitiese eficazmente la verdad del testimonio. Los cuerpos descarnados cubiertos de harapos, las piernas esqueléticas que solo permiten desplazamientos con infinita lentitud, los ojos desorbitados, la inmovilidad aterradora en el tren y en los camastros, los cuerpos en descomposición, la supervivencia imposible, el olor próximo de la muerte, la certeza de amigos que van a desaparecer, la visión de la última estancia del infierno, el crematorio, los muertos por agotamiento, los ahorcamientos públicos, los interrogatorios de la Gestapo, la llegada al campo de los niños judíos... Semprún sabe que la sinceridad espontánea y el recurso de las lágrimas se truecan en mera ampulosidad que ni siquiera resulta verosímil¹⁰. De ahí que opte por el discurso aderezado literariamente y basado en el poder omnímodo del narrador: «Pero esta historia la escribo yo y hago lo que quiero» (Semprún 1976, 26).

En los pantanosos vericuetos de la memoria el narrador se vale de la invención narrativa para profundizar en el corazón de la precisión histórica. Inventa personajes y sucesos enlazados mediante un juego temporal complejo: discontinuidades, flash-backs y prolepsis que están directamente relacionados con la nebulosa de la memoria, que no siempre guarda el exacto orden cronológico. “Incluso tú morirás, antes de que acabe este viaje” (Semprún 1976, 17-18), vaticina el narrador al principio de la novela al referirse al chico de Semur. Este anuncio se cumple y el joven compañero muere en brazos del protagonista gritando con voz ronca y baja: “No me dejes, viejo” (Semprún 1976, 252).

El largo viaje concluye a las puertas de Buchenwald. La soledad invade la conciencia de Gérard, y aunque tiene que abandonar a su amigo para saltar del vagón y enfrentarse al siniestro escenario, su petición, que es al mismo tiempo la petición de millones de muertos anónimos, encauzará la escritura para recordar a todos los que sufrieron el terror de los nazis. Por ello, todas las habilidades literarias de Semprún iluminan los rincones más apagados de la memoria con el objeto de dotar a la escritura de una dimensión de testimonio social y compromiso ético. Sabe que algún día no quedará ningún superviviente de Buchenwald y ya no habrá una memoria directa del hambre, el sueño, la angustia y el olor a carne quemada de los hornos:

... siendo así que los últimos supervivientes, todos nosotros, habremos desaparecido hace ya mucho tiempo, cuando ya no quede ningún recuerdo real de todo esto, sino sólo recuerdos de recuerdos, relatos de recuerdos narrados por quienes ya nunca sabrán verdaderamente (como se sabe la acidez de un limón, lo

¹⁰ El protagonista de *La escritura o la vida* trata de explicar esta dificultad: “La verdad que tenemos que decir (en el supuesto de que tengamos ganas, ¡muchos son los que no las tendrán jamás!) no resulta fácilmente creíble... Resulta incluso inimaginable...” (Semprún 1995, 140).

lanoso de un tejido, la suavidad de un hombro) lo que todo esto, en realidad, ha sido (Semprún 1976, 224).

La desaparición de los testigos y de los inmediatos receptores de la historia supone la pérdida de quienes sintieron y experimentaron en primera persona, de ahí la responsabilidad moral de la escritura, la obligación de “remover toneladas de algodón nevado en su cerebro” (Semprún 1976, 277). Estos *recuerdos de recuerdos* de Semprún señalan el carácter efímero de la memoria directa. En adelante, la memoria de las generaciones posteriores (*postmemory* en palabras de Marianne Hirsch) quedará alterada por la distancia y la fragmentariedad.

3. Final

Aunque el fragmento del diario de Jovellanos no debe incluirse en el corpus de literatura concentracionaria¹¹, la narración del traslado forzoso desde Gijón a Barcelona despierta la cercanía con algunos pasajes de *Le gran voyage* (1963) de Jorge Semprún. Los dos escritores españoles, aunque separados por más de ciento cincuenta años, despliegan un perfil paralelo de víctimas y testigos del horror. Reos de estado, testigos y protagonistas excepcionales de la historia de España, ministros de la nación comprometidos personalmente, pensadores y lectores incombustibles (literatura, filosofía, teatro...), ambos representan al mundo mental más europeísta e ilustrado, asociado a la pasión por la escritura y la literatura autobiográfica. Tanto uno como el otro constatan el viaje hacia la barbarie sin ninguna posibilidad para reclamar justicia. El viaje del ilustrado gijonés no se presenta tan claustrofóbico ni tan vejatorio como el de Semprún, que claramente se dirige al espacio de la degradación y el horror, pero la hoja de ruta común está marcada por la ignorancia y la incertidumbre de lo que está por venir, la tiniebla y la desolación interior.

La singularidad histórica de estos dos caminos de desamparo es radicalmente distinta y no es posible igualar ni confundir la experiencia carcelaria dieciochesca, de signo individual, con la intensidad deshumanizadora y el trauma colectivo del holocausto. El nivel de odio y terror en los campos nazis, las chimeneas gigantescas y el sistema planificado de exterminio para eliminar adversarios y borrar pueblos, culturas o formas distintas de pensamiento son aspectos propios de un espacio excepcionalmente singular de violencia y barbarie –que Semprún (1976) califica de situaciones límite¹². La crueldad y el trauma no son equivalentes, las circunstancias son desiguales y también la edad de los individuos y la duración del trayecto, de ahí que la escritura testimonial y el modo de desplegar la memoria no coincidan exactamente, ya que cada sujeto consigna la conmoción o el silencio desde su propia sensibilidad y vivencia. En cada uno de los descansos del viaje, Jovellanos (o en su defecto Lasaúca) escoge el procedimiento ya habitual de su diario: la escritura sincera, jornada a jornada, de los avatares del camino. La novela de Semprún se escribe en 1960, dieciséis años después del trauma, y entonces ya no se contenta con enumerar las circunstancias, sino que las complementa con el artificio y la ficcionalización narrativa.

¹¹ Sobre el término y la experiencia concentracionaria, véase Sánchez Zapatero (2010).

¹² Por otra parte, Sánchez Zapatero (2010: 48) considera que los campos de concentración son espacios característicos de los avatares políticos y militares del siglo XX: «... autores como Zygmunt Bauman han llegado a afirmar que la esencia generadora de los campos está en la propia contemporaneidad y que, por tanto, la realidad concentracionaria ha de ser interpretada teniendo siempre presente el desarrollo de las sociedades civilizadas».

Pero el viaje a Bellver y Buchenwald, salvando las distancias, tiene un pequeño rasgo en común. El descenso a los abismos del mal, en forma de indefensión, vejaciones, soledad, incomunicación y trato inhumano, se organiza para abatir y alcanzar la resignación absoluta de los sujetos (la soledad es la condición principal para la sumisión total, ha advertido Michel Foucault, 237). El humillante viaje de Jovellanos no es de carácter tan indigno ni extremo como el habitual transporte de prisioneros hacia los campos, en vagones de tren destinados al envío de ganado. Las precarias condiciones del viaje de Semprún –sin higiene, ni luz, ni comida, ni espacio– son un anticipo del sometimiento animalizado que le espera en el *lager*. No obstante, en ambos relatos se subraya la amargura de los sujetos que desconocen cuál iba a ser su destino y su futuro.

Felizmente la voluntad ética y el compromiso moral les impiden derrumbarse o doblegarse ante la crueldad del poder opresor. Optan por la escritura autobiográfica como acto obligatorio de resistencia, como ejercicio para conservar y recuperar la memoria, como bálsamo catártico para superar el bochorno, el dolor y la crueldad. Transforman el sufrimiento íntimo y la invasión de su intimidad en escritura original, en intensa voluntad de desafío frente a la tiránica autoridad o el poder totalitario. La escritura como necesidad individual, pero al mismo tiempo como expresión pertinaz de lucha contra el olvido o la derrota.

Sobrevivir exige apariencia de silencio para los dos protagonistas, y por ello, las alternativas de la escritura son dispares. Jovellanos cede la autoría material del *Diario* a su acompañante, y más tarde redacta con dureza y claridad sus representaciones a Carlos IV (denuncia la violación de derechos, reclama un procesamiento con garantías y exige la reparación de la ofensa). Por su parte, Jorge Semprún guarda un tiempo prudente de reserva, obligado en primera instancia por las restricciones de la deportación, y, más adelante, por la necesidad de depurar la fetidez de la muerte con que se habían impregnado sus pulmones; la combinación narrativa de experiencias autobiográficas y personajes ficticios, así como los juegos temporales del narrador y la presencia de distintas voces narrativas, confirman la génesis de una nueva poética del relato.

Inevitablemente en ambos casos se evidencia la lucidez y la dignidad de dos insignes intelectuales españoles cuyo legado es indispensable para entender sus vidas e interpretar los avatares de nuestra historia. Dos agonías transformadas en deslumbrante escritura de la memoria.

Obras citadas

- Aguilar Piñal, Francisco. *La biblioteca de Jovellanos (1778)*. Sevilla: Instituto Miguel de Cervantes, 1984.
- Aznar Soler, Manuel. *El teatro de Jorge Semprún*. Zurich: Verlag, 2015.
- Caso González, José Miguel. “Una biografía inédita de Jovellanos: las *Memorias* de González de Posada”. *Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII* 2 (1974): 57-92
- Caso González, José Miguel. *Jovellanos. Diario*. Edición, introducción y notas de José Miguel Caso González. Barcelona: Planeta, 1992.
- Caso González, José Miguel. *Jovellanos*. Ed. de María Teresa Caso. Barcelona: Ariel 1998.
- Ceán Bermúdez, Juan Agustín. *Memorias para la vida del excmo. señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y noticias analíticas de sus obras*. Madrid: Fuentenebro, 1814.
- Céspedes Gallego, Jaime. *La obra de Jorge Semprún. Claves de interpretación*. Vol. 1: *Autobiografía y novela*. Bern: Peter Lang, 2012.
- Demerson, Jorge. *Carlos González de Posada. Aproximación a su biografía*. Oviedo: Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1984.
- Duplá Ansuátegui, Antonio. “Cicerón en España (siglos XVIII-XXI): reflexiones políticas e historiográficas”. *Ciceroniana* 12 (2006), 161-179.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI, 1976.
- García Cames, David. “Los olores de Buchenwald. Memoria olfativa de Jorge en *La escritura o la vida*”. *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris XXI* (2016), 55-65.
- González Santos, Javier. “Notas y selección de ilustraciones”. *Jovellanos. Obras completas*. VIII. Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Oviedo, Ilustre Ayuntamiento de Gijón y KRK Ediciones, 2011.
- Jovellanos. *Escritos literarios*. Ed. de José Miguel Caso González. Madrid: Espasa Calpe, 1987.
- Jovellanos. *Obras completas*. VIII. *Diario*, 3º (y último). Cuadernos VII, conclusión, y VIII al XIV (desde el 19 de agosto de 1797 hasta el 6 de marzo de 1810). Edición crítica de María Teresa Caso Machicado. Notas y selección de ilustraciones de Javier González Santos. Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Oviedo, Ilustre Ayuntamiento de Gijón y KRK Ediciones, 2011.
- Leuzinger, Mirjam. *Jorge Semprún. Memoria cultural y escritura. Vida virtual y texto vital*. Madrid: Verbum, 2016.
- Lluch-Prats, Javier, E. Miñano Martínez y J. Sánchez Zapatero. Coords. *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris XXI* (2016).
- Macciuci, Raquel. “La novela de Jorge Semprún: *El largo viaje* hacia el corazón de Galatea”. En *Pigmalión o el amor por lo creado*. Facundo Tomás e Isabel Justo, eds. Barcelona: Anthropos Editorial; Valencia: Universidad Politécnica, 2005, 153-169.
- Pla, Xavier ed. *Jorge Semprún o las espirales de la memoria*. Kassel: Edition Reichenberger, 2010.
- Sánchez Espinosa, Gabriel. “José Nicolás de Azara, traductor: la *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, de Conyers Middleton”. En Francisco Lafarga, ed. *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*. Lleida: Universitat de Lleida, 1999, 285-296.
- Sánchez Zapatero, Javier. *Escribir el horror. Literatura y campos de concentración*. Barcelona: Montesinos, 2010.

- Semprún Jorge. *El largo viaje*. Barcelona: Seix Barral, 1976.
- Semprún Jorge. *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona: Planeta, 1977.
- Semprún Jorge. *Federico Sánchez se despide de ustedes*. Barcelona: Tusquets, 1993.
- Semprún Jorge. *La escritura o la vida*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Somoza, Julio. *Escritos inéditos de Jovellanos dispuestos para la impresión*. Barcelona: Establecimiento Tipográfico Artes y Letras, 1891.
- Urzainqui, Inmaculada. “Dos hombres para un Diario: Jovellanos y Lasaúca. Un caso atípico de escritura autobiográfica”. En *Un ‘hombre de bien’: saggi di lingue e letteraturee iberiche in honore di Renato Frolidi*. A cura de Patrizia Garelli e Giovanni Marchetti. Bologna: Edizioni dell’Orso, 2004, II, 643-663.